

FILIBUSTEROS DE HOY

por
REED HOWES



BIBLIOTECA TREBOL

N.º 81

Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

BASHFUL BUCCANEER

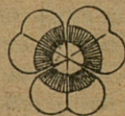
FILIBUSTEROS DE HOY 1925

Versión literaria de la hermosa película de
igual título, interpretada por el gran artista

REED HOWES

Exclusiva : PROCINE, S. A.

Calle Clarís, n.º 71 :: Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 - BARCELONA

FILIBUSTEROS DE HOY

Verónica H. García de la Higuera y Peláez de
Higueras, escritora por el 2.º de A. de la

REED. HOWES

Exposición: PROYECTO A
Calle G. de la H. de la H. de la H.

:: TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
: TELÉFONO 9-104: BARCELONA :

FILIBUSTEROS DE HOY

I

¡Cuántas insospechadas bellezas encierra la vida, cuando la juventud lleva el timón del bajel de nuestras ilusiones!... Así, Jerry Logan, mecido por los arrullos de su fantasía, se pasaba la vida escribiendo cuentos y novelas de la vida del mar, a pesar de vivir bastante lejos del marco azul de sus narraciones.

En Waterloo, del Estado de Iowa, donde su padre, comerciante al por mayor de granos y forrajes, tenía su hacienda, Jerry, en su pabellón de trabajo, daba los últimos retoques a una peregrina narración de filibusteros.

Cuando más enfrascado estaba en su historia, entró su padre, quien discrepaba mucho de las ideas literarias de su hijo, por creerlas improductivas, y le dijo :

— ¡Muy bien! ¿Cuántos piratas has colgado ya de los palos de tus navíos?

— Te ruego, papá, que no tomes a broma mi trabajo — contestó el jover, algo molesto por las burlas de que siempre le hacía ob-

jeto su padre. Pero éste, adoptando el mismo tono que su hijo, le replicó :

— ¡El que no debe tomar a broma lo que voy a decirte eres tú! Mira, Jerry, mi negocio necesita de tu esfuerzo y no de un fabricante de piratas al por mayor. Hijo mío, piensa que sólo tú debes sostener mi vejez y que tus historias no te han dado más resultado que unas cuantas negativas de los editores.

— No obstante, he escrito últimamente una que estoy seguro que será aceptada por el editor a quien se la he enviado. Espero recibir hoy mismo su contestación.

— Tal vez sea ésta que he encontrado encima de mi mesa — repuso el señor Logan entregándole una carta que traía en la mano, sin abrir.

Jerry leyó el membrete de la carta y al comprobar que en efecto era la que él esperaba, rasgó impaciente el sobre y leyó su contenido, que decía :

« Distinguido señor :

Adjunto encontrará un cheque a su orden de 5,000 pesos a cuenta de los derechos de publicación de su obra *El tesoro enterrado* y esperamos su visita para puntualizar los demás extremos.

Muy atento de usted,

EDITORIAL CHALMERS. »

El padre de Logan, a pesar de sus ideas puramente comerciales, no dejaba por eso

de sentir un legítimo orgullo de padre y reconocer el talento de su hijo, aun cuando siempre procuró combatir sus aficiones de novelista. Por lo mismo, cuando Jerry terminó de leer la carta que precede, se abrazó a él exclamando :

— ¡Te felicito, hijo mío! ¡Eres digno de llamarte Logan! ¿Y ahora qué piensas hacer?

— Con este dinero emprenderé un viaje en alta mar y al regresar podré escribir una obra arrancada de la realidad.

Tal como lo pensó lo hizo, y algunas horas después recogía todos sus trabajos, que guardaba en su pabellón, como reliquia sagrada, y se despedía de aquellas paredes, donde por tanto tiempo había soñado, diciendo :

— ¡Adiós, mi barco ilusorio! Voy a fletar un velero y así describiré mis narraciones.

* * *

Jerry Logan no había visto nunca el mar, a pesar de sus escritos de novelas marinas, y cuando en San Francisco lo vió por vez primera, pensó que era exactamente igual a como él lo había detallado infinidad de veces en sus escritos.

No experimentó por eso ninguna de esas sensaciones fuertes que produce en el ánimo del ser humano la contemplación de algo grandioso, sino que sus ojos dejaron por un momento de mirar a las azuladas y tranquilas

aguas del puerto, para recrearse en una celestial visión, encarnada en el cuerpo gentil y airoso de una linda muchacha.

La joven que momentáneamente había despertado tan vivo interés en Jerry era Anita Lee, huérfana de padre, que le legó al morir el velero *Segoia*, sus deudas y los dos amigos adictos que tuvo en vida. El capitán Bernade, un viejo lobo de mar, y el contramaestre Clepter Jhones.

Los muchos acreedores que tenía Anita, a quienes todavía no había podido pagar las deudas contraídas por su padre, tenían embargado el velero, y por esta razón el barco se encontraba amarrado al puerto, sin poder viajar desde hacía bastante tiempo.

La muchacha, sin fijarse mucho en aquel joven desconocido, entró a su barco y llamando al capitán, le preguntó :

— ¿Hay alguna novedad, capitán?

— Nada de particular, pero estoy esperando quien nos flete, para largarnos de estas aguas, sin que nadie se dé cuenta.

En aquel instante, fué interrumpida la conversación por los gritos de los tripulantes del velero que le gastaban una de sus muchas bromas a otro marinero, hasta que Anita se acercó a ellos y les ordenó dulcemente :

— Vamos, dejaros de bromas pesadas, sentaos y que haya paz. Voy a leerlos *El tesoro enterrado*. Es un libro maravilloso de cuando los piratas del capitán Kid asolaban el Atlántico.



Vamos, dejaros de bromas pesadas

Todos hicieron corro alrededor de la muchacha y ésta empezó a leer el libro de Jerry, sin sospechar que su autor estaba a dos pasos de ella. Cuando hubo terminado uno de los capítulos más emocionantes, se dieron cuenta de la presencia de Jerry, y uno de ellos exclamó, al ver que intentaba subir al barco :

— ¡Cuidado! ¡Ahí viene un inspector de alcohol!

Por esta exclamación será fácil adivinar que el *Segoia* se dedicaba desde hacía algún tiempo a un negocio, que era, indudablemente, de los más productivos : el contrabando de

alcohol, y por lo mismo, cuando Jerry llegó al barco, el capitán, queriendo fingir que exhortaba a sus hombres en contra de la bebida, empezó a decir :

— ... y creo que no es necesario hablarlos de los estragos que el alcohol causa en nuestras generaciones, ni de que debemos gratitud a nuestro gobierno por el acuerdo de la Ley Seca... No encuentro palabras para deciros todo lo que yo siento en estos momentos...

— No se esfuerce usted... que no encontrará palabras; pero mire a sus pies y verá un licor preciosísimo — exclamó Logan interrumpiéndole.

En efecto, uno de los marinos había dejado olvidada su botellita de « whisky » y el pernicioso licor se encontraba allí, como para desmentir las falsas palabras del capitán.

Este se quedó como quien ve visiones y Jerry quiso aprovechar aquella ocasión para hallar el medio de poder hablar a solas con la joven que tanto había despertado su interés, y entregando su equipaje a un marino le ordenó :

— ¡Guárdeme el maletín! Pasaré a recogerlo esta noche.

Y en el afán de congraciarse con el que creían un inspector de la Renta de Alcohol acudieron todos solícitos a apoderarse del maletín.

II

Cuando el sol empezaba a ocultarse tras el horizonte, llegó de nuevo Jerry al velero y pidió, para excusar su nueva visita, el maletín que había dejado. Salió a recibirlo el mismo capitán y le invitó diciéndole :

— El señor inspector nos honrará tomando una taza de café y después puede recoger su maletín.

La presencia de Anita hizo que Jerry pretendiera deshacer el equívoco de aquella gente, diciendo :

— Yo no soy ningún inspector de la Renta de Alcohol. Soy únicamente un agente de fletes marítimos que busco un velero para salir a alta mar; y éste me ha parecido muy a propósito para el fin que deseo.

— ¿Es su deseo fletarlo solamente o comprarlo? — le preguntó el capitán.

— Me es igual. Quiero un buen velero, resistente y de buen andar, que quede a mis órdenes por un año.

El contramaestre, que era entre todos aquellos hombres el único que no se hallaba contagiado de los fieros instintos de aquella gente de mar, cuando se marchó el capitán

se acercó a Logan y, pensando en el libro que le había leído Anita, le preguntó ingenuamente :

— ¿Busca usted acaso un tesoro escondido?

Jerry no pudo menos que reír interiormente la salida del contraмаestre y le contestó para seguir la broma :

— Tal vez sí. ¿Es que usted sabe de algún tesoro?

— Casi me atrevo a contestarle que sí — repuso el contraмаestre dejando volar su fantasía.

Jerry, al oír lo que le decía Clepter, llegó a interesarse, creyendo sinceras sus palabras, y volvió a decirle :

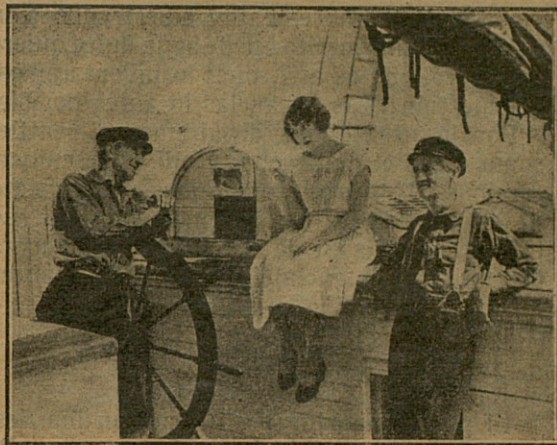
— Soy joven y las aventuras me atraen. Si usted supiera algo acerca de este tesoro, ¿podría indicármelo?

— Yo no sé nada, joven. Mi viejo amigo el capitán es testarudo como buen marino, y lo mejor, si es que quiere hacerle hablar, es que permanezca entre nosotros.

Mientras tanto, el capitán había entrado al camarote de Anita y después de ponerla al corriente de las pretensiones de Jerry, terminó diciéndole :

— Le ofreceré el velero... y que corra la aventura que quiera.

Momentos después, mientras que Jerry y Anita charlaban amigablemente, atraídos por una profunda y mutua simpatía, el ca-



Por lo pronto nos dirigiremos a Seattle

pitán, enterado por Clepter de lo del tesoro, ideó un plan maquiavélico para conseguir que el muchacho se decidiera a comprar el barco.

Al efecto creyó que la cotorra que llevaban en el velero podría ser un auxiliar muy eficaz para su proyecto y acercándose a ella le dijo, como si el animal pudiera comprender sus palabras :

— Cotorrita, tendrás que aprenderte lo que voy a decirte : ¡Longitud 112! ¡Latitud 24!

— ¿Pero qué hace usted? — le preguntó el contraмаestre extrañado.

— Nada, hombre. Estoy adiestrando a la cotorra. El marinerito ese de agua dulce quiere un tesoro, ¿no es así?, pues lo inventaremos. La cuestión es levar anclas lo antes posible.

Por lo pronto nos dirigiremos a Seattle, como desea el muchacho, y allí lo desembarcaremos. Nosotros tomaremos cargamento de lo que fuere y nos haremos a la mar. Lo importante es salir de este puerto. El pagará los derechos de anclaje y la hipoteca. Así me lo ha dicho, por lo menos.

* * *

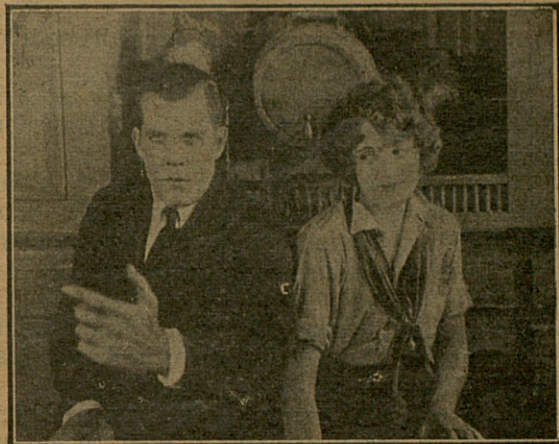
El plan concebido por el capitán iba desarrollándose a medida de sus deseos, y aquella noche los dos jóvenes, sobre cubierta, iban tejiendo los capítulos de una historia de amor.

— Este velero me gusta muchísimo, Anita — le decía Jerry, sentado al lado de la preciosa muchacha.

— ¿Entonces está usted decidido a permanecer entre nosotros? — le preguntó Anita, anhelando una respuesta afirmativa.

— Ese es mi mayor deseo. La vida del mar siempre me ha entusiasmado y ahora mucho más, puesto que la hago al lado de una mujer tan extraordinariamente interesante como usted.

Insensiblemente los dos jóvenes iban sintiéndose embargados por el encanto misterioso de la noche y las frases amorosas que



Este velero me gusta muchísimo, Anita

quedamente, como un suspiro, iba diciéndole Jerry llegaban a lo más profundo del corazón de Anita, como una música mágica que alestargaba dulcemente todo su ser.

* * *

Cuando más entusiasmados estaban los dos jóvenes, en su plática amorosa, pasó por delante de ellos el capitán, y Jerry al ver su aire de preocupación, le preguntó :

— ¿Qué le sucede a usted, capitán?

— Esta noche trae a mi memoria escenas de tiempos pasados. Es una historia extra-

ordinaria de mi juventud que nunca he podido olvidar.

— ¿Y puede saberse qué historia es esa?

— Si queréis saberla, seguidme al comedor y allí os la contaré.

Una vez los tres en el camarote, el viejo lobo de mar, fiel a su idea, empezó a relatar embuste tras embuste para que Jerry Logan les ayudara a salir de aquella angustiosa situación.

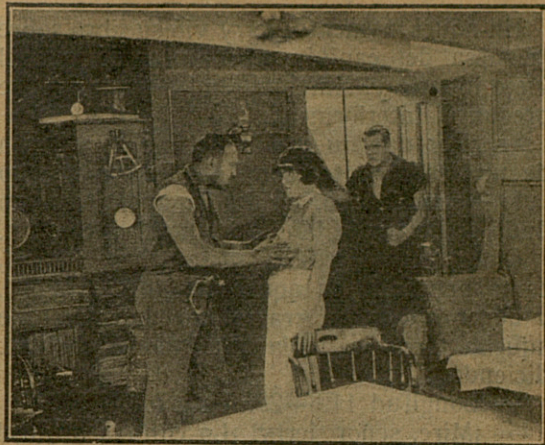
El capitán, después de fingir durante unos momentos que hacía memoria de lo que iba a referir, empezó diciendo :

— A mí me lo narró un viejo marino, que, armado en corso, recorrió el Pacífico en su juventud. Cuando la muerte cerró sus ojos me legó esta historia y la que fué fiel compañera en sus correrías, la cotorra que llevamos en el barco.

El capitán, al llegar a este punto, empezó a relatar una fantástica historia de cierto tesoro escondido y que era, precisamente, la que Jerry había escrito y cuya publicación le había valido los cinco mil pesos.

No obstante, fingió que creía cuanto le decía, hasta que el marino terminó diciendo :

— ... y ésta es la historia que mi amigo me narró en sus últimos momentos. Después no quise separarme más de la cotorra, que es la única que sabe la verdadera situación del tesoro, aunque, hasta la fecha, solamente he podido hacerle decir la longitud que es la



Advertido del peligro que corría su bella amiga salió en su defensa

de 112°, pero la latitud continuó ignorándola.

— Entonces es como si no supiera nada, amigo mío — exclamó Jerry. — Indudablemente la cotorra es más sensata que usted, puesto que, por lo menos, ella no hace alarde de saber esta historia, aun estando más enterada. ¿Y no ha podido usted hacerla hablar?

— Lo único que he conseguido es que me repita la longitud, y si se la hostiga chilla y grita, repitiendo sin cesar: « Longitud 112, 112 ».

En aquel momento Jerry vió su libro sobre la mesa del capitán y comprendió que el viejo mentía y, sin comprender el motivo, se preguntó interiormente :

— ¿Por qué querrá induirme a la busca de un tesoro enterrado? — Pero por otro lado el muchacho, ávido de aventuras, no dudó en seguir la fábula, como si la creyera.

Quedaron los tres un instante en silencio, como pensando en aquel imaginario tesoro, y de pronto la cotorra repitió las frases que aquella tarde le había enseñado el capitán, diciendo :

— Longitud 112-4-22. Latitud 24.

— ¡Mire, señor Jerry! ¡La cotorra lo dice! ¿Será verdad lo del tesoro? — exclamó el capitán.

— Yo creo que sí — afirmó Logan convencido de lo contrario. — ¿Quieren despacharme el velero para dar fin a esta empresa? Yo me encargo de levantar su hipoteca y pagar todos los gastos que se originen, hasta convencernos de si realmente el tesoro existe.

— Acepto su propuesta — contestó el taimado capitán. — Mañana despacharemos los papeles y el barco será suyo.

* * *

Al día siguiente, el capitán se despidió de Jerry diciéndole :

— Voy a buscar el completo de la tripu-



A puñetazos hizo retroceder a toda aquella gentuza

lación para hacernos a la vela inmediatamente.

En efecto, algunas horas después volvió con los hombres, que, según él, eran necesarios para emprender la travesía que se proponían.

Premeditadamente había escogido entre los marinos vacantes, que siempre rondan por los puertos, en busca de colocación, los más rudos y curtidos. Todos eran dignos, por su aspecto, de aquellos filibusteros que cruzaron los mares en busca del sangriento botín. Pero entre todos sobresalía por sus

facciones, que denotaban la dureza de su alma, el segundo de a bordo llamado Dumont.

En alta mar, los dos viejos marinos, el capitán del velero y Dumont, pusieron proa al Norte en demanda del puerto de Seattle, consecuente con el plan que habían ideado para deshacerse de Jerry, pero éste no tardó en advertir la maniobra y llamó la atención del capitán diciéndole :

— ¡Oiga usted, capitán, el barco se remonta al Norte y debemos navegar hacia el Sur! Ponga proa a las costas de la Baja California, que es donde debemos ir.

— ¡A ver si no sabré yo donde caen los 112° de longitud! — exclamó incomodado el marino.

— ¡Pues, entonces, procure no variar de rumbo! — terminó diciendo Logan, en tono nada tranquilizador.

Dumont sólo estaba enterado del plan que le había dicho el capitán Bernade, pero el cocinero, que se había enterado casualmente de lo del tesoro, se acercó a él y le dijo :

— Señor Dumont, acabo de enterarme de una cosa estupenda. Vamos a la busca de un tesoro, cuya situación sólo la sabe la cotorra. ¿Qué debo hacer?

Ya no le cupo duda de que su amigo le había engañado, y queriendo obrar con él de la misma forma, le ordenó :

— No pierdas de vista a la cotorra que yo

me cuidaré de sublevar a la tripulación, para quedarnos hechos dueños del barco.

Pronto empezó Dumont su obra, haciendo creer a los marineros que los llevaban engañados, y aquella gente, que no veían más allá de las narices, se pusieron todos de parte del segundo de a bordo.

Cuando creyó llegado el momento quiso apoderarse del barco, pero Jerry, advertido del peligro que corría su bella amiga, salió en su defensa y a puñetazos hizo retroceder a toda aquella gentuza. Aprovechó el pánico que había inspirado para apoderarse de dos marinos, que parecían los más exaltados, y ordenarles a los demás hombres de la tripulación :

— ¡Amarrad en la cala a esos dos hombres! ¡Ahora soy yo el capitán! ¡El primero que no obedezca mis órdenes le agujereo la piel!

Y dirigiéndose a Dumont, que estaba en el timón, le gritó, a la vez que le amenazaba con su pistola :

— ¡Dumont, ponga proa hacia el Sur!



Al día siguiente Dumont le decía a uno de sus más adictos, aprovechando un descuido de Jerry :

— Estamos cerca de la bahía de la Magdalena, en la Baja California. De forma, que no cabe duda de que ese chico sabe lo que se lleva entre manos y hay que mirar la forma de que nos indique la posición exacta del escondite del tesoro.

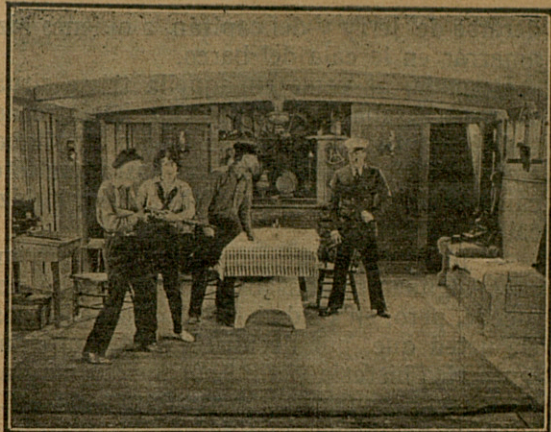
— Yo creo que lo mejor es hacer las paces con él y, así, él mismo nos indicará el lugar donde duerme ese tesoro.

— Llevas razón; ahora mismo nos presentaremos a él y nos excusaremos de lo ocurrido ayer tarde.

Con el propósito que acababan de idear se presentaron en el camarote de Jerry, y Dumont, dando a sus palabras un tono de completa veracidad, le dijo :

— Perdóneme lo pasado, debido a que los muchachos bebieron con un poco de exceso, pero yo le prometo que no volverá a ocurrir otra vez.

Jerry creyó firmemente la promesa del segundo de a bordo, y dió por terminado el incidente, diciéndole :



¡Ahora soy yo el capitán!

— Lo creo a usted, Dumont. Saque de la cala a los dos hombres que metí ayer y que hagan las maniobras. Debemos aprovechar esta brisa para correr unas cuantas millas.

— Gracias, señor. Haré cumplir sus órdenes — contestó Dumont, saliendo del camarote.

— Nada de gracias. Ni una palabra más. Que salgan esos hombres puesto que ahora más que nunca estoy dispuesto a llevar a cabo esta aventura — exclamó Logan.

Al cabo de unos días de navegación Dumont consiguió sublevar de nuevo a la tripulación, y después de una lucha enconada, logró apo-

derarse de Jerry y del capitán, a quienes hizo amarrar en la cala del barco.

Bernade, al verse en aquella triste situación, no cesaba de lamentarse y hacía recaer toda la culpa sobre el joven Logan, por haber emprendido aquella aventura, hasta que éste, cansado de oír las quejas del capitán, lo hizo callar diciéndole :

— Indudablemente, no le niego que me cabe alguna responsabilidad de lo que nos sucede, pero, en verdad, la culpa es de los dos. De usted que, por decidirme, me contó una fantástica historia y a mí porque, en mi afán de correr aventuras, aparenté creerlo. ¡En buen lío nos hemos metido!

Pero a Jerry lo que más le importaba saber era la situación en que en aquellos momentos se encontraría Anita, de quien no tenía noticias. Pensó preguntar por ella a alguno de los marineros, pero pronto comprendió que esto no le daría resultado alguno y como único medio de salvación entrevió la posibilidad de escaparse, para poder auxiliar también a la joven, en caso necesario.

Estaba torturando su cerebro, buscando el medio de llevar a cabo su pensamiento, cuando se presentó de pronto Dumont y les dijo :

— Vengo a que me digáis dónde está escondido el tesoro.

Por toda respuesta obtuvo el silencio más absoluto de los dos prisioneros y en vista de



Al cabo de unos días de navegación, Dumont consiguió sublevar de nuevo a la tripulación

ello desistió, por lo pronto, de su pretensión diciéndoles :

— ¿No queréis decirme dónde lo escondéis? ¡Está bien! ¡Ya lo buscaré yo!

Nuevamente quedaron los dos hombres solos, y Jerry, cuando comprendió que no podía ser oído, exclamó :

— Cuando se den cuenta del engaño, nos van a hacer trizas. Lo que debemos es procurar llegar a tierra antes que ellos.

— A no ser que nos nazcan alas, no veo otro medio — contestó el capitán.

— Lo principal es que estemos libres, lo demás es cuestión de astucia. Por dinero encontraremos quien venda a sus compañeros.

Arrastrándose como un verdadero reptil, se acercó Jerry al capitán y le dijo :

— Procure desatarme aunque sea con la boca, y una vez que esté libre, haré lo mismo con usted.

No sin grandes esfuerzos consiguieron por fin verse libres de sus ligaduras y entonces Jerry, procurando hacer el menor ruido posible, le dijo a su compañero :

— Espéreme aquí. Voy a buscar a Anita y ver el medio de escaparnos de este maldito barco.

— Pero... ¿cómo se las va a arreglar?

— No se apure. Ya le he dicho que por dinero encontraremos quien venda a sus compañeros.

No se había engañado Jerry. El dinero fué la tabla de salvación que los salvaba en aquel naufragio.

Eligió al marinero que le pareció más propicio para sus fines y mediante unos cuantos pesos, le dijo el lugar en que se hallaba la joven y prometió facilitarles una lancha para el día siguiente antes de que amaneciera.



V

Cuando llegó la hora señalada para la fuga todo estaba preparado, según había previsto Jerry, y éste llamando al capitán y a la joven, les dijo :

— El bote está ya preparado. Mientras ustedes embarcan, yo llamaré la atención de los vigilantes y así podrán ganar la playa sin miedo alguno.

En efecto, mientras sus amigos se embarcaban, Jerry sostenía una lucha fantástica con algunos marineros, que se habían dado cuenta de su fuga.

Cuando ya creyó al capitán y a la muchacha fuera del alcance de aquellos miserables, se lanzó al mar y, nadando con toda la vigorosidad de sus brazos hercúleos, no tardó en alcanzar a los del bote y huir con ellos.

Al ruido producido por la lucha salieron los otros hombres que tripulaban el barco y, al ver que se les escapaban sus prisioneros, ordenó al segundo de a bordo :

— ¡Arrojad los botes al agua y no perderlos de vista, hasta que estén nuevamente en nuestro poder!

Algunos marineros cumplieron la orden recibida, y después de algunas horas de persecución, cayeron nuevamente en su poder los tres fugitivos.

Cuando se encontraron nuevamente en el barco, Dumont se acercó a Jerry y le dijo :

— ¡Nunca le perdonaré a usted que me haya echado a perder las mejores escenas de la película *El tesoro escondido*!

— Luego... ¿resulta que usted no es marino?

— No señor. Yo soy el director de una manufactura de películas, que enterado de que había llegado a San Francisco el autor del libro que queríamos filmar, se me ocurrió la idea de que fuera usted mismo el protagonista.

Jerry, al oír aquello, se quedó mirando a Anita, como preguntándole si también ella estaba al tanto de lo que ocurría, pero el director comprendió lo que significaba aquella mirada interrogativa, y le dijo :

— La señorita y el capitán eran como usted ajenos a lo que se tramaba.

— ¡Pues ya me lo podían haber avisado y de esa forma me hubieran evitado los malos ratos que he pasado! — contestó el capitán.

— No se apure, que ya pasaron — le contestó riendo Jerry. — Ahora un consejo, amigo. No mienta usted nunca, porque a veces el mentir tiene malas consecuencias.

En los días sucesivos Jerry y Anita acce-



Nunca le perdonaré a usted que me haya echado a perder las mejores escenas de la película

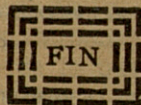
dieron a continuar representando la farsa con el fin de que la película quedara terminada.

De regreso a San Francisco, la simpatía que desde el primer momento unió a los dos jóvenes fué trocándose en un íntimo sentimiento, que hacía dolorosa la idea de la próxima separación, aunque ninguno de los dos se atrevían a hablar de ella, como si de esta forma el peligro que amenazaba con destruir la dicha de sus corazones pudiera retardarse, como eran sus deseos.

Por fin llegó el día temido en que llegaron a San Francisco, y Jerry, no pudiendo ocultar por más tiempo la llama amorosa que inflamaba su pecho, aprovechó un momento en que quedó a solas con Anita y le dijo :

— Anita, voy a terminar este cuento donde lo empecé, en Iowa. ¿Quiere usted que le lea allí el final?

La joven no contestó, pero descansando su carita de rosa sobre el hombro de Jerry, le dió a entender de aquel modo que ella también estaba conforme.



EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES
para ellas, para ellos y para todos

Discreteos, declaraciones, con-
firmaciones, esperanzas, reali-
dades, pesadumbres, alegrías
:: :: rencores y celos :: ::

Felicitaciones de Santo, cum-
:: :: pleaños y año nuevo :: ::

por

DIEGO DE MARCILLA



Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

CUBIERTAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Cada tomo: UNA peseta

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

**200 retratos de artistas
— y 200 biografías —**

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO : 3 PTAS.

ALBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
álbum, como que contiene

200 retratos de artistas
— y 200 biografías —

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preziosas cubiertas en terciopelo

PRECIO: 2 PTAS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

1. El último varón sobre la tierra, por E. Foxe.
2. El poder del que es honrado, por William Desmond.
3. Vivir de milagro, por Bebe Daniels.
4. Hombres en bruto, por Jack Hoxie.
5. El tributo del mar, por Anna May Wong.
6. Enamorada del amor, por M. de la Motte.
7. La dama pintada, por George O'Brien y D. Macall.
8. La marca de la vanidad, por Billie Dove.
9. Con la espada al cinto, por Martha Mastfeld.
10. Las hijas de la noche, por Orville Caldwell.
11. El Terco, por Tom Mix y Doris May.
12. Nuestras esposas, por Dorothy Phillips.
13. Idillo accidentado, por Wanda Hawley.
14. Por llevar la contraria, por Charles Jones.
15. Wing Toy, por Shirley Mason.
16. El rey del lazo, por Charles Jones.
17. Casado de paso, por Edmund Lowe.
18. El Temerario, por Reed Howes.
19. Por otra mujer, por Kenneth Harlan.
20. El exprés de media noche, por William Haines.
21. El novio de Ultramar, por Shirley Mason.
22. ¡Adelante, Malacaral, por Tom Mix.
23. El niño prodigio, por Charles Ray.
24. Como aquella mujer, por Ricardo Cortez.
25. Cambio de identidad, por Jack Hoxie.
26. Maciste y su sobrino, por B. Pagano.
27. Por la senda del bien, por Cayena.
28. Creando un hogar, por Alice Joyce.
29. Oro y plomo, por Charles Jones.
30. Entre dos amores, por Hoob Gibson.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS
